



Jacobo Steiner

en las que el siglo XVII, en sus días postreros, sobra abunda. La invención de Vico que nos capta más es del «ricorso» como «corso» que renace a evolución seguida. ¡Cuán misterioso es a veces el origen de esas voces que iluminan de pronto como relámpagos zonas oscuras del saber o de la conciencia. «Ricorso» es voz de juramento y vale originariamente tanto como recurso o renovación, de un procedimiento en segunda instancia. La evolución, teológicamente pensada, escribe Petters, no logra su finalidad en un primer procedimiento y comienza su obra con redoblado impulso. Añade Petters menos atento al contorno de la frase que a su fuerza expresiva: «La dirección sobrehumana de la Historia apela, por decirlo así, contra el resultado de una primera serie evolutiva.» Nos conforta que Vico parta siempre de Roma para sus paralelos. No ya en la Edad Media ve trasuntos de Roma, sino también en los comienzos de su siglo XVIII, en cuyas monarquías se da el retorno de la monarquía humana que el Imperio Romano conoció en los días de oro de Augusto.

Ama Juan Bautista su tiempo y le pide a su vida madura un «ricorso» de vida y de esperanza. En las cosas más egregias, desde que el mundo es mundo, la juventud vuelve. Casi candorosamente, escribe Vico en «Ciencia Nueva»: «Por todas partes brilla la Humanidad cristiana con tanta humanidad, que abunda, en todos los bienes que hacen dichosa la vida humana, no menos lo que toca a los placeres del cuerpo que en lo que toca a los goces de la mente y del alma.»

De Roma parte usted, Eugenio, en muchas de las deducciones de su libro, para estudiar «cursos» y «ricorsos» en el sucederse de los días de la Italia eterna. Con ese capítulo «de Francisco Sánchez a Juan Bautista Vico» nos despiertan los otros veintidós resonancias intimas. En cada uno de ellos palpitan temas de gran diálogo; en cada uno de ellos se nos cura de aridez, de hastío, de horizonte angosto. Le hemos dicho alguna vez que en los centenares de artículos de usted, al parecer dispersos (al parecer, porque nada se pierde), todo un cuerpo de doctrina espera la mano solícita que sepa ordenar. Nuestra amistad hacia usted se sentiría honrada al reducir a sistema su labor de años y años. Esa unidad de criterios y en su teoría sobre la condición humana está presente en los capítulos de su obra, y muy especialmente en «Piero de la Francesca o el asombro», en el del cosmos, en «Los hijos de Claudio Monteverde» y en el a todas luces admirable «La romería de Francisco Holanda».

En una de las observaciones de este apartado, según la cual España pasa del invierno gótico al verano barroco sin aspirar más que de lejos el mayo florentino, está ya en germen todo un volumen de crítica de nuestras ideas estéticas. Añadamos sin miedo, y con usted no nos oyese, que en libros que se reputan clásicos, entre los que pagan el tributo a Italia: el de Goethe, un Burckhardt o un Walter Pater, no se encuentran páginas que hagan olvidar las que son ya más puras en la «Melodía italiana». Parangones con alguno de Gregorovius parecerían profanos, y ésta es figura en verdad intimidada. El Señor nos consienta llegar a la senectud con algunas veneraciones intactas.

De su canto a los violines de Cremona retenemos los ejemplos que no damos por los del «Viaje del condottiero» de Andrés Suárez. (No nos agrada que los dos tengan toda alusión a los constructores alemanes de Füssen y a la ciudad güelfa, que da a los artesanos de laudes un...